Historia de Flores y Blanca-Flor

Madrid

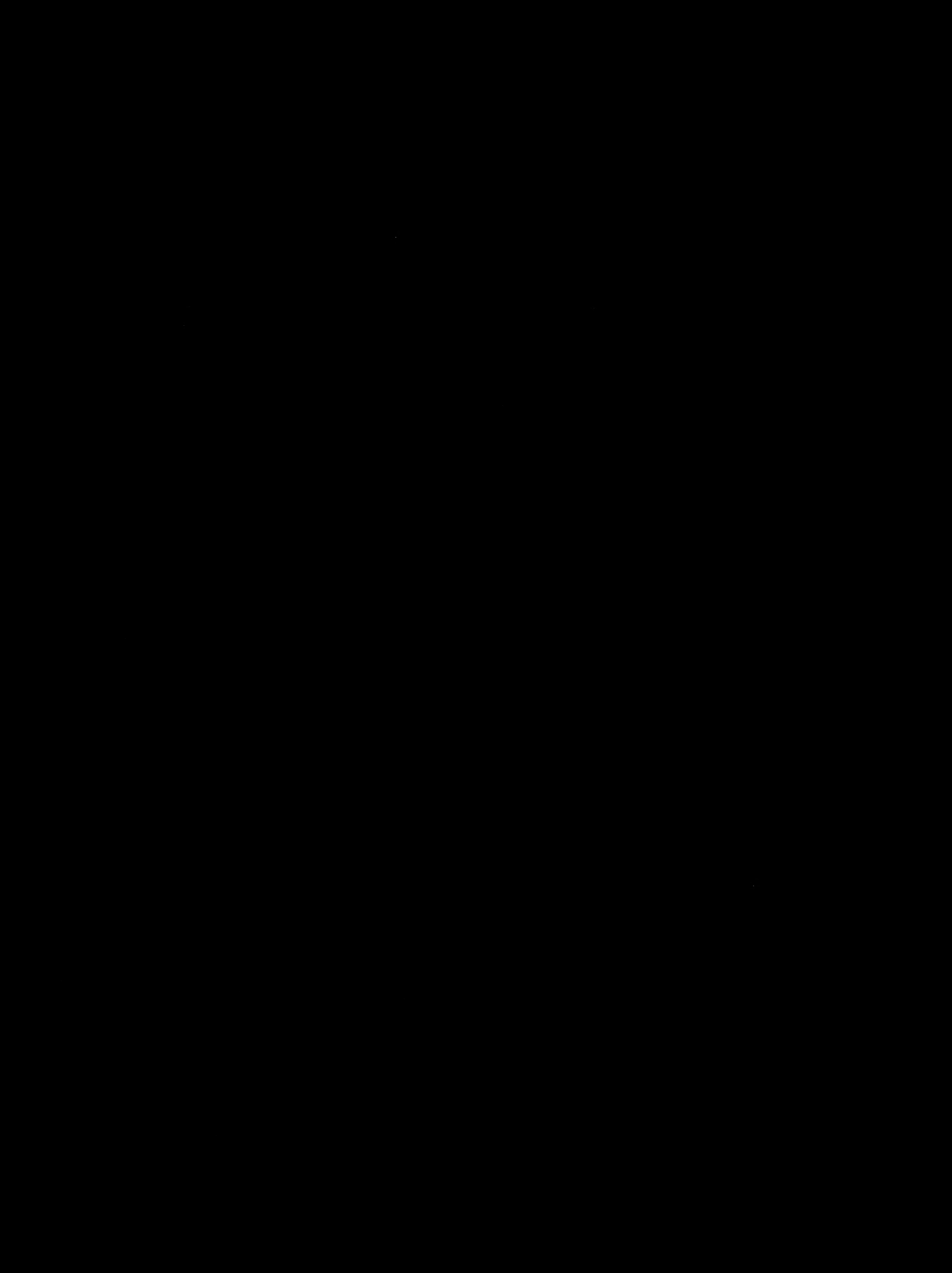
[1894?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCI00041.10

Control Number: ADT-0622
OCLC Number : 29659688
Call Number : W 381.568 H629 v.1 HISFL
Title : Historia de Flores y Blanca-Flor : su descendencia, amores y peligros que pasaron por ser Flores moro y Blanca-Flor critsiana.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 31 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: AR



(CUATRO PLIEGOS)



HISTORIA
DE FLORES Y BLANCA-FLOR

su descendencia, amores y peligros que pasaron
por ser Flores moro y Blanca-Flor cristiana.

MADRID
Despacho, calle de Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.



Imprenta de M. Minuesa.—Miguel Servet, 13.

HISTORIA

DE

FLORES Y BLANCA-FLOR.

CAPITULO PRIMERO.

Dáse cuenta de quienes eran los padres de Blanca-Flor, y la promesa que hicieron de ir en peregrinacion á Santiago para que les concediese sucesion.



Con grande ostentacion vivia en la muy antigua y celebrada ciudad de Roma un caballero muy virtuoso, noble, rico y señor de varios pueblos y castillos, el cual se llamaba Micher de Percio; este contrajo matrimonio con una noble y virtuosa dama llamada Topacia. Celebráronse las bodas con muchas fiestas y regocijos, por ser los dos contrayentes de muy alto y esclarecido linaje. Vivieron los dos consortes con mucho gusto y placer por espacio de cuatro años, sin mas disgusto que el de no tener sucesion; y un dia entre otras conversaciones, dió Micher Percio á entender á su esposa Topacia, que no tenia otro sentimiento sino el de no tener un hijo en quien recayeran sus Estados. A lo cual con mucha modestia y cortesía respondió Topacia, que con el mismo disgusto vivia ella; pero que ya veia que no estaba el remedio en su mano, y que si le daba su asentimiento queria ofrecerle al apóstol Santiago, si se hacia embarazada, visitar su santuario y hacerle alguna costosa alhaja para el adorno de su templo. Micher Percio, que deseaba lo mismo, le respondió, que desde luego podia ofrecer al santo apóstol cuanto quisiera,

que todo lo daba por bien hecho. Con este consentimiento la virtuosa matrona ofreció al santo visitar con su esposo su santo templo y llevarle una lámpara de valor de cuatro mil escudos de oro, si tenia sucesion.

No bien habian pasado treinta dias cuando Topacia se sintió embarazada, con cuyo motivo dispuso Micher Percio se pusiera por obra la construccion de la lámpara que Topacia habia ofrecido al glorioso Santiago, y además de esto mandó labrar una rica colgadura de especialísimo brocado de oro; y acabadas que fueron estas alhajas, dió Micher Percio principio á disponer lo preciso para su romería. A cuyo efecto mandó llamar á todos sus parientes, criados y familiares, y les dijo: «Parientes y amigos mios, bien sabeis la promesa que tengo hecha al apóstol Santiago, la cual es preciso cumplir, en atencion á hallarse Topacia embarazada. Yo estoy determinado á que los dos solos y á pié, como si fuéramos los mas pobres del mundo, hagamos esta romería, pues asi lo ofrecí, y asi lo he de cumplir; en vista de lo cual, y de que nuestra partida ha de ser muy en breve, solo os encargo encarecidamente que mireis por mis tierras, Estados y vasallos, administrándoles recta y pronta justicia, hasta que yo y mi querida esposa volvamos de nuestra peregrinacion.» Admirados se quedaron todos en ver que Micher y Topacia se determinaban á hacer tan larga romería, solos y á pié; pero viendo que el caso no tenia réplica ofrecieron todos y cada uno de por sí cumplir debidamente con el empleo que quedaba á su cargo, y al dia siguiente tomando sus bordones y esclavinas, salieron de Roma Micher y la hermosa Topacia.

CAPITULO II.

Micher Percio y su esposa Topacia van en hábito de peregrinos, á visitar al Apóstol Santiago.—Se embarcan, y son hechos cautivos de moros, quedando muerto el desventurado Micher Percio.

Con grande incomodidad por los muchos calores que hacian, salieron de Roma los dos peregrinos Micher y Topacia que por ser personas tan delicadas caminaban con indecibles trabajos. En esta forma siguieron su peregrinacion algunos dias hasta llegar al primer puerto de mar, en el cual hallaron una embarcacion que llevaba el rumbo que ellos apetecian; fletaron su viaje y al dia siguiente se hicieron á la vela. Ocho dias navegaron con feliz viento y sin desgracia alguna; pero al noveno des-

cubrieron á lo lejos cuatro galeras de moros corsarios, los cuales viendo una sola embarcacion, la cercaron y sin poderse defender por sus cortas fuerzas fué apresada y cautiva, pero con la desgracia de que una de las balas que tiraron los moros le atravesó el pecho á Micher Percio, y cayó espirando en los brazos de su querida esposa: y estando lamentándose de su mala suerte y diciendo mil sentidas ternezas á su difunto esposo, llegaron los impíos moros y quitándole de los brazos el cadáver y arrojándole al mar, se la llevaron á una de sus galeras, las cuales con la presa dieron la vuelta, y desembarcaron en Argel, donde se presentaron al rey que estaba divirtiéndose en una quinta, dos leguas de la ciudad, y haciéndole relacion de la presa que habian hecho, le entregaron la hermosa cautiva Topacia. Cuando el rey vió la hermosura, buen talle y discrecion de Topacia, agradeció mucho el presente, y al punto mandó á cuatro capitanes de su guardia, que con cien hombres de acompañamiento llevasen á Topacia y se la entregaran á la reina su muger, en cuya compañia la tuviera hasta que el rey diera vuelta á su palacio; y para que la reina le diera el destino que correspondia á su persona, le escribió la siguiente carta:

CARTA DEL REY MORO A LA REINA SU MUGER.

Querida mia: creyendo que te será de mucho gusto, te remito esa cautiva cristiana que hoy han apresado mis galeras; es hermosa, de buen talle y discreta: circunstancias que te agradarán. Alá te aguarde muchos años como lo desea tu esposo.

EL REY.

Luego que llegaron los capitanes con Topacia á presencia de la reina, fué tanto el gusto que esta recibió de ver á Topacia tan hermosa, de buen talle y gentil disposicion, que la recibió con mucho agrado y singulares caricias, con tal estremo, que la reina no apartaba un momento los ojos de su cara, ni se hallaba un instante sin ella. Pero como la hermosa Topacia se veia viuda y cautiva, ningun favor bastaba para mitigarle sus penas y asi decia con muchas lágrimas, cuando se hallaba sola: ¡Oh fortuna desigual! ¡Oh mal sin remedio! ¡Oh Topacia, en qué mal signo naciste! ¡Qué pecados fueron los tuyos, por los cuales te vinieron tantos males! Pues despues de haberte muerto á tu marido te ves sola y cauti-

va, ¿qué se han hecho tus riquezas? ¿qué tus deudos y vasallos, que nunca volverás á ver? ¡Oh fortuna infausta, á qué estado me has traido! Mas quisiera morir inmediatamente, que vivir en tan penoso cautiverio. Estas y otras lastimosas palabras decia muchas veces la angustiada Topacia; y oyéndola un dia la reina, la consoló diciendo: hermana mia, basta ya de dolor y de pena, no te fatigues ni desconsueles, que por Mahoma te juro ampararte y protegerte en cuanto mi poder alcance. Dime quién eres y con qué motivo viniste á mi poder.

La hermosa Topacia agradeció mucho á la reina el favor que la hacia, y con muchas lágrimas la contó (sin faltar á la verdad) quién era y el motivo de su cautiverio. Enterada la reina de la desgraciada suerte de Topacia, muy condolida la volvió á ofrecer de nuevo su favor y amistad. Fué tanto el amor que la reina tomó á Topacia, que no se hacia en palacio otra cosa que lo que Topacia disponia.

CAPITULO III.

Favores que la reina mora hacia á Topacia.—La cautiva pare una niña, que en el bautismo la pusieron por nombre Blanca-Flor.—Muerte de Topacia con otros acontecimientos.

En fraternal amistad vivian la reina y Topacia; y un dia que estaban las dos en el jardin divirtiéndose, reparó la reina que Topacia tenia el vientre levantado, y la dijo: hermana, á mí me parece que estás en cinta como yo. A lo que respondió Topacia: Ojalá que así no fuera; pues por causa de este embarazo salí á cumplir la promesa que te dije, la cual ha sido la causa de todos mis males.

Luego que entendió la reina el embarazo de Topacia, mandó disponer todas las vestiduras necesarias para cuando naciera la criatura, de las mismas telas y brocados que las que le habian prevenido á la reina.

Topacia, agradecida á tantos favores, se entretuvo el tiempo que le quedaba hasta su parto, en labrar unos pañales bordados de oro y brocado tan especiales, que en todo aquel pais no habia otros que les igualaran. Acabados que fueron se los regaló á la reina, la cual los estimó en mucho.

Ya iban cumplidos los nueve meses del embarazo de la reina y Topacia cuando el dia primero de Pascua de flores al amanecer, dió la reina á luz un infante muy hermoso; y en el mismo dia á las cuatro de la

tarde parió Topacia una niña tan parecida á su madre, que era un vivo retrato suyo. La reina mandó que á su hijo se le pusiera por nombre Flores, y por darle gusto en todo á Topacia consintió en que su hija fuera secretamente bautizada, á la cual la pusieron por gusto de su madre, Blanca-Flor. Topacia tenia su cama inmediata á la sala de la reina y las mismas amas que criaban al infante Flores criaban á Blanca-Flor. Con el mismo esmero y cuidado que asistian á la reina cuidaban á Topacia; y aunque todos estos favores mitigaban en algo los disgustos de Topacia, con todo, en acordándose de su cautiverio, sus Estados, deudos y vasallos, y que aquella hija que habia parido habia nacido en la misma esclavitud que ella, cuando se estarian preparando en sus Estados muchos regocijos y grandes fiestas por su nacimiento, era tanta y tan grande la pena que la daba, que sin poder contenerse lloraba amargamente su desgracia. Cuando la reina la solia ver triste y llorosa, la decia: hermana mia, no te desconsueles ni aflijas ya sabes el mucho afecto que te tengo, por lo cual haré cuanto quisieres; tu hija y mi hijo corren de mi cuenta, no tengas cuidado que todo lo remediará Alá. Favores eran estos que podían desahogar y animar á Topacia; pero era tanta su pena, que no la daba lugar al consuelo.

Viendo la reina que Topacia se ponia enferma, y que cada dia iba peor, mandó llamar á sus médicos, y con el esmero y cuidado posible la medicinaban; pero agravándose la enfermedad, y viéndose ya en los últimos dias de su vida, suplicó á la reina que mandase traerla á su hija Blanca-Flor: la reina mandó que se la trageran; y tomándola en sus brazos, la dijo con muchas lágrimas; ¡oh, hija mia! ¡tú has sido la causa de la muerte de tu padre y mi perdicion! ¡Oh qué cara me cuestas! Y volviéndose á la reina, la dijo con mucho encarecimiento: reina y señora mia, esta pobre esclava suplica á V. A. no olvide el amparo y cuidado de esta infeliz criatura, y tambien os suplico que luego que yo muera (que será muy en breve), mandeis que mi cuerpo sea sepultado en el lugar donde se entierran los cristianos. Y diciendo esto, la acometió un desmayo, en el cual solo pudo articular las palabras de: *Jesus, María y José*, con las cuales entregó su alma al Criador.

CAPITULO IV.

Sentimiento que la reina tuvo por la muerte de Topacia.—Crianza y esmerada educacion que dieron á Flores y Blanca-Flor.

LUEGO que espiró Topacia dispuso la reina se hiciera un suntuoso entierro en una de las iglesias de los cristianos, y fué tan grande el sen-

timiento y pena que tuvo por la muerte de su querida Topacia, que en muchos dias no cesaba de llorar; por mas que se empeñaban en divertirla siempre estaba triste y pensativa, sin poder olvidar su amada compañera, con cuyo motivo mandó que á Blanca-Flor la atendiesen y cuidasen con el mismo esmero que á su hijo, lo cual se ejecutó hasta que Flores y Blanca-Flor tuvieron tres años, á cuyo tiempo mandó la reina se encargara de ellos una aya para que los fuera educando.

Eran los dos tan parecidos el uno al otro, que todos cuantos los miraban los tenian por hermanos, y asimismo se tenian tanto cariño, que asi el rey como la reina estaban complacidos y admirados de ver las muchas caricias que el uno al otro se hacian, que no consentian separarse ni un instante.

En esta forma se criaron hasta la edad que fué preciso darle á Flores un ayo que le instruyera en su ley, y demas estudios correspondientes á un príncipe; y á Blanca-Flor una aya que la enseñase igualmente las labores y demas ocupaciones correspondientes á su estado y calidad. Púsose en ejecucion con notable sentimiento de los dos: á Flores le pusieron por ayo un sabio moro llamado Mahomad: á Blanca-Flor la tocó por aya una hija de un renegado que se habia criado en el palacio desde que nació, la cual era cristiana sin que lo supiese nadie, y como esta sabia, por estar en palacio, que Blanca-Flor tambien lo era, con mas cuidado que en las labores de manos se empeñó el instruirla en los Misterios de nuestra santa Fé Católica, encargándola siempre que no se descubriera á nadie, porque peligraria su vida.

La niña se impuso muy bien en todos los principales dogmas de nuestra santa religion; y en esta forma seguian Flores con su ayo y Blanca-Flor con su aya: pero era tanto el amor que se tenian, que no podian pasar un dia sin verse, con cuya aficion y amor nada aprovechaba Flores con sus estudios. Notado esto por su ayo Mahomad le dió cuenta al rey de la poca aplicacion que Flores tenia en los estudios, á causa del mucho amor y continuo desasosiego que siempre tenia por Blanca-Flor. Enterado el rey de lo que Mahomad le decia, determinó que el príncipe saliese fuera de la córte á estudiar, pues de otro modo era imposible olvidara los amores de Blanca-Flor.

Con esta determinacion mandó el rey llamar á su hijo, y le dijo lo siguiente:

—Querido hijo mio, al que ha de ser rey le es indispensable aprender y estudiar el modo que debe observar con sus vasallos; tú eres príncipe y heredero de mi corona, y por lo tanto debes prepararte para en llegando el caso de reinar, saber como te debes manejar, para cuyo estudio te he elegido un ayo sabio y de mucha disposicion, este te dará la instruccion suficiente: pero tú olvidando de quien eres y embebecido con los

amores de Blanca-Flor nada aprendes; por cuyo motivo, y por no verme en la precision de quitar á Blanca-Flor de palacio, he determinado que tú vayas á estudiar á la ciudad de Montorio, ocho leguas de la córte: disponte para hacer este viaje, y no me dés disgusto, pues de lo contrario haré con Blanca-Flor un ejemplar.

Mucho sintió el príncipe Flores la determinacion del rey su padre; pero viendo que no tenia remedio, y que de no hacer lo que el rey mandaba, vendria á pagar Blanca-Flor la culpa que no tenia, con mucha pena, aunque bien disimulada, respondió á su padre:

—Señor, estoy pronto á obedecer cuanto V. A. mande, en vista de lo cual iré á Montorio con mucho gusto, ó donde V. A. determine; por lo que puede V. A. si gusta disponer el viaje para mañana.

En aquella noche, valido de algunas camaristas, tuvo Flores ocasion de visitar á Blanca-Flor, á la cual con muchas lágrimas, la habló de esta manera:

—Querida Blanca-Flor, mi mala suerte ha permitido que el rey mi padre, creido del consejo de mi ayo Mahomad, me separe de tu amable vista, pues me manda que vaya á estudiar á Montorio: á mí me es indispensable obedecer lo que el rey manda; pero puedes vivir cierta de que aunque me separe de tu vista, mi corazon, potencias y sentidos siempre serán tuyos, cuya verdad te afirmo y juro por Mahoma.

Blanca-Flor que no esperaba semejante novedad, con muchos suspiros y ánsias pidió á Flores no la olvidara, pues ella siempre sería suya, y en testimonio de ello le dió á Flores un hermoso anillo.

En estos amorosos coloquios pasaron lo mas de la noche, y viendo que el dia se acercaba, por no ser vistos, se retiró Flores, haciendo muchas protestas de amor á su querida Blanca-Flor.

A la mañana siguiente salió el príncipe Flores con mucho acompañamiento para Montorio, donde al cabo de seis meses, en los cuales se escribieron varias cartas, no pudiendo Flores tolerar mas la ausencia de su querida Blanca-Flor, adoleció de una enfermedad tan rara, que ningun médico la entendia. Llegando todo esto á noticia del rey determinó traerlo á la córte, por ver si mudando de tierra, recobraba la salud.

Llegó el príncipe á palacio, y á los pocos dias con la vista de su amada Blanca-Flor, se restableció completamente su salud. Viéndolo el rey ya restablecido lo volvió á enviar á Montorio para que continuase sus estudios, pero á los pocos dias volvió á enfermar del mismo accidente anterior.

Comprendiendo el ayo Mahomad que la enfermedad del príncipe nacia de estar ausente de Blanca-Flor, por ver si le podia distraer, man-

dó se hicieran varias fiestas de torneos, cañas y monterías; pero viendo que todo era perdido, y que la enfermedad del príncipe cada dia se iba agravando mas, determinó escribir al rey diciéndole, que la falta de salud del príncipe no tenia otra procedencia que el mucho amor que tenia puesto en Blanca-Flor.

Hízolo así; y enterado el rey (que tenia ya algunas sospechas) de lo que le decia Mahomad, pensó en buscar algun medio que sirviera de pretesto para quitar la vida á Blanca-Flor, creyendo que este era el único modo de cortar los amores del príncipe, y por consiguiente librarle de su enfermedad: para cuya deliberacion determinó consultarlo con su consejero.

CAPITULO V.

Sentencia que por el rey y los de su consejo se dió á Blanca-Flor de que fuera quemada.—Flores sale victorioso en un combate y consigue libertar del suplicio á su querida.

Al dia siguiente de recibir la carta de Mahomad el rey mandó llamar á su consejero particular, y le dijo estas palabras:

—Bien sabes, amigo mio, el mucho aprecio que siempre hizo de ti mi padre, y tambien te consta el que he hecho yo: asimismo no ignoras las muchas mercedes que de mi mano has recibido. En vista de lo cual, espero de tu lealtad me hagas uno de los mayores servicios, y es el siguiente: Esta cautiva Blanca-Flor tiene á mi hijo hace tiempo, tan enloquecido de amores, que por esta causa le quité de mi palacio y le envié á Montorio pensando que con la ausencia olvidara esta pasion; pero ha sido tan al contrario, que perdido de enamorado, enfermó de tal suerte, que á no habérmelo traido á palacio hubiera muerto. Restablecido que fué (mas con la vista de ella que con la de sus padres) le volví á Montorio, y al punto volvió á adolecer de la misma enfermedad, tanto que se halla en un estado deplorable. Tú conoces muy bien que estos amores no pueden llevarse acabo, por no ser compatible que un príncipe de Argel se case con una pobre esclava, hija de padres de contraria secta. En vista de lo cual y que lo que importa mucho es la salud del príncipe, soy de parecer que á esta esclava se la quite la vida, por cuyo medio tendrán fin los amores del príncipe y cualquiera otro daño que pudiera sobrevenir.

Oidas atentamente por el ministro las palabras del rey, le contestó:

—Yo, señor, estoy pronto á ejecutar cuanto sea en servicio de V. A.; pero antes es necesario buscar algun delito aparente que acumularla, para que el consejo pueda condenarla á muerte. A mí me parece que el mas seguro y fácil, es emponzoñar con veneno una gallina, y que cuando V. A. esté comiendo la traiga á la mesa un page con recado de Blanca-Flor; V. A. mandará que le den una pierna á un perro antes de comerla, y viendo que esto produce la muerte del perro, puede V. A. acusarla la traicion de que intentó quitarle la vida.

Aprobó el rey el consejo del ministro, y este se partió á disponer la gallina segun se habia acordado.

Llegada la hora de comer del dia siguiente, trajo el page la gallina, y todo sucedió como el impostor del ministro habia tramado. De forma, que prorumpiendo el rey con grandes voces: *traicion! traicion!* se alborotó el palacio, y averiguada la causa vino á salir culpada la inocente Blanca-Flor, á la cual luego al punto pusieron en prision; y sin mas justificacion que el dicho del ministro y el page, la notificaron la sentencia de ser quemada dentro del tercer dia.

La reina que ignoraba esta traicion, por una parte se lastimaba de Blanca-Flor, y por otra se enojaba contra ella, por el amor que naturalmente tenia á su marido.

Todo el palacio estaba asombrado con tal novedad; pero quien mas lo sentia era el aya que la habia criado, la cual dió la casualidad que estando sola y sin luz la primera noche que prendieron á Blanca-Flor, y haciendo oracion en un retrete oculto del palacio, oyó hablar dos hombres junto á ella; aplicó el oido, y aunque hablaban en voz baja, conoció que eran el ministro y el page, que condolido este de la sentencia de Blanca-Flor, blasfemaba del rey. Fuéronse, y el aya enterada de la inocencia de Blanca-Flor, al dia siguiente despachó un parte secreto al príncipe contándole lo que pasaba, y en la apurada situacion en que se hallaba Blanca-Flor.

Luego que el príncipe recibió la carta, sin ser visto de su ayo Mahomad, tomó un caballo, y armándose de todas armas, se partió para la córte. Antes de entrar vió á un lado del camino un tablado, y que todo estaba rodeado de mucha leña; preguntó á unos leñadores que para qué efecto llevaban aquella leña; y le respondieron que para quemar á una esclava del rey que habia querido matarlo con una gallina envenenada. Con esta noticia conoció el príncipe que aquel tablado era el suplicio de Blanca-Flor, y determinó quedarse allí, para estorbar su muerte.

No bien habia pasado una hora, cuando vió el príncipe Flores salir

por la puerta de la ciudad mucha tropa, delante de la cual venia el ministro con los alguaciles, entre los cuales traian sobre un borrico á la hermosa Blanca-Flor vestida de negro y con una gruesa cadena al cuello. Habiendo llegado cerca del tablado, y apeándola del borrico, la desconsolada Blanca-Flor se hincó de rodillas, y cruzando las manos, hizo al Cielo la siguiente devota oracion:

«Dios y Señor mio, que por tu infinita bondad te dignaste de tomar carne humana para salvar los pecadores, ten misericordia de esta miserable criatura que injustamente muere.»

—No bien hubo acabado la oracion, cuando acometiéndola los ministros para arrojarla al fuego, se entró por medio de todos Flores, y como un leon furioso llegó hasta donde estaba la desventurada Blanca-Flor, y tomándola de la mano, la sacó de entre sus enemigos, y á grandes voces dijo:

—Cualquier infame caballero que quiera sostener en pública campaña que el delito de esta muger es cierto, que salga y yo defenderé lo contrario cuerpo á cuerpo.

—El ministro que era el acusador y á quien de derecho tocaba el desafio, le respondió:

—Caballero, quien quiera que seais, yo admito el desafio que me haceis, siempre que el rey mi señor dé licencia para ello; esperaos aqui, que en breve daré la vuelta, y si obtengo la licencia pronto os arrepentireis de haber provocado el desafio.

Partió el ministro, dejando allí á Blanca-Flor con toda la tropa; habiendo contado lo sucedido al rey, se admiró mucho de que hubiera caballero tan atrevido que se opusiera á sus órdenes.

Mandó el rey juntar todos los de su consejo, y habiéndoles hecho relacion de lo que el ministro le habia dicho, les preguntó qué se habia de hacer en aquel caso; á lo que respondieron todos, que S. A. no podia escusarse á admitir el desafio del caballero, pues de lo contrario todos pensarian que la sentencia era mal dada, y que esto era en descrédito de su Estado y su corona.

No queria el rey admitir el desafio, temiéndose, que, como la sentencia era injusta, el ministro fuera vencido por el caballero, y tal vez se descubriera la verdad; pero viendo que no tenia remedio, confiando en la valentía y destreza del ministro, le dió licencia para que al dia siguiente se batiera con el caballero, y que ínterin se pusiera á Blanca-Flor en poder de dos caballeros de los mas nobles de la córte, que el uno lo habia de nombrar él y el otro lo nombrara el caballero mantenedor, y que estos mismos caballeros habian de ser los padrinos que habian de asistir al combate. Todo lo cual mandó el rey al ministro lo hiciera saber al caballero porque se apercibiera para el dia siguiente, y

que nombrara por su parte el caballero que tuviera á bien para depositario de Blanca-Flor y padrino del combate.

Entretanto que el rey y el consejo estaban dando las órdenes al ministro, la afligida Blanca-Flor, sin conocer á su defensor Flores, por tener la cara tapada con visera, le estaba contando con muchas lágrimas y suspiros la falsa acusacion que el injusto y alevoso ministro la habia hecho; á todo lo cual Flores la decia no tuviese cuidado, que él la sacaria de aquel conflicto y castigaria á los alevosos. A seguir iba Blanca-Flor su tragedia, cuando repararon que á grande prisa venia el ministro y habiendo llegado, dijo en alta voz:

—Caballero, el rey mi señor, usando de su benignidad, me manda os diga que para mañana os prevengais para batiros conmigo, y que desde ahora hasta entonces quede Blanca-Flor depositada en poder de dos caballeros de los mas nobles de esta córte; el uno lo he de elegir yo, y el otro ha de ser el que vos quisiéreis, cuyos caballeros han de ser igualmente padrinos de nuestro combate. En vista de lo cual espero vuestra respuesta para dársela inmediatamente á S. A.

Habiendo oido Flores lo que el ministro decia, le respondió:

—Decidle al rey de mi parte, que le beso la mano por tan singular favor; y que por lo tocante á elegir padrino y depositario de Blanca-Flor, lo haga S. A. por mí con acuerdo del consejo; que al que defiende la verdad cualquier padrino le basta.

Con esta respuesta se fué el ministro para el palacio, llevándose á Blanca-Flor con mucho acompañamiento; y enterado el rey de lo que el demandante respondió, eligió por padrino á un caballero anciano de los mejores de la córte, y el ministro eligió otro, en cuyo poder pusieron á Blanca-Flor.

Flores por no ser conocido, se quedó aquella noche en una casa de campo inmediata á la ciudad, esperando con impaciencia la llegada del dia que habia de decidir la suerte de su amada.



CAPITULO VI.

Gran combate entre el ministro y Flores en el que quedó muerto el ministro.—Blanca-Flor queda libre y Flores se vuelve á Montorio sin ser conocido de nadie.

Al dia siguiente por la mañana mandó el rey disponer á los padrinos y á Blanca-Flor, y todos juntos con muy grande acompañamiento y aparato se fueron al sitio aplazado para el combate, que era el del suplicio; y habiendo llegado, mandó el rey echar un bando con pena de la vida al que fuese osado á ayudar á uno ni otro de los contendientes; despues mandó entrar á los dos caballeros y sus padrinos, los cuales traian en medio á Blanca-Flor en un caballo blanco.

Puesto todo en órden, y el rey sentado con los de su consejo en un tablado, se dió la señal de acometer; se vino el uno para el otro con tan gran fuerza, que encontrándose los dos ginetes los caballos se sentaron de ancas, sin reconocer ventaja en ninguno; y volviendo á embestirse, dió el ministro un golpe á Flores en el escudo, que estuvo para caer del caballo, pero volviéndose á incorporar le dió al ministro un bote de lanza tan fuerte, que pasándole el escudo dió con él y con su caballo en tierra, y apeándose Flores con mucha prisa, sacó el alfange para cortarle la cabeza; viéndose el ministro ya vencido, suplicó á Flores que le dejara levantar, atendiendo á que la falta no habia estado en él sino en su caballo.

Flores, llevado de su nobleza y valentía le dejó levantar, y volviéndose á sus caballos tomó una gruesa lanza, se fué para Flores como un leon furioso, y le dió tal encuentro, que falseándole el escudo le llevó una gran parte de la visera. Cayó Flores al suelo del grande golpe que habia recibido, y apeándose el ministro para acabarle de matar, Flores recobrando fuerzas se levantó, y poniendo mano al falange le acometió con tal furia que se vió el ministro en mucho aprieto para poderse defender; asi lidiaban como dos leones; pero siempre llevaba Flores lo mejor de la pelea.

Fatigado el ministro, pidió á Flores algunas treguas para descansar un rato, pero Flores en vez de dárselas le tiraba tantas y tan grandes cuchilladas y reveses, que no pudiendo repararlos todos, se descui-

en un poco, y alcanzándole un gran golpe en la cabeza se la hendió hasta los ojos, de cuya herida cayó muerto el ministro.

Viendo esto el padrino de Flores, se presentó ante el rey y el consejo, y pidió que se publicase la victoria por su caballero, y de consiguiente la libertad de Blanca-Flor, segun era uso y costumbre. El rey mandó que así se hiciera, y con muchos víctores aplaudió todo el pueblo el vencimiento del desconocido caballero y la libertad de Blanca-Flor. Todo lo cual era de mucho sentimiento para el rèy; pero lo disimulaba cuanto podia.

Acabados los víctores y alborozo de la plebe, se llegó Flores al tablado donde estaba el rey, y haciéndole una profunda reverencia le encargó amparara á Blanca-Flor y atendiera á su inocencia.

Blanca-Flor agradecida á la fineza tan grande que de aquel caballero habia recibido, se llegó á él y le dijo:

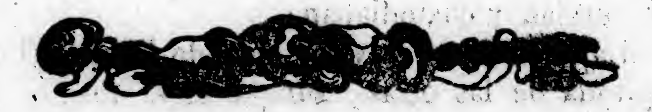
—Caballero, por vuestra cortesanía os suplico me digais quién sois para que yo sepa quien ha sido mi defensor, y Flores os premie tan gallarda accion.

A lo cual respondió en voz baja el caballero:

—Blanca-Flor, yo voy donde Flores está y le diré todo lo sucedido.

En esto se levantó el rey y los de su consejo y se retiraron á la córte llevándose á Blanca-Flor con mil parabienes del pueblo; y Flores sin haber sido de nadie conocido se partió para Montorio y antes de llegar se detuvo en una casa de campo, donde se dejó el caballo y armas, y sin que nadie entendiera de dónde venia, se fué al palacio, en el que halló á su ayo Mahomad muy triste y pensativo por la falta de su señor Flores, con cuyo motivo habia ya despachado Mahomad varios moros por distintas partes para que le buscasen: pero viéndole entrar por las puertas de palacio, se fué á él y con mucha alegría y parabienes le recibió, sin atreverse á preguntarle de dónde venia ú el motivo de su ausencia.

Dejemos á Flores en Montorio con su ayo, y volvamos al rey, que indignado contra Blanca-Flor, por no haber podido conseguir su depravada traicion, no dejaba de maquinar injurias contra ella, puesto que el quitarla la vida, aunque fuera con veneno, era sospechoso contra él; y definitivamente por consejo de la reina su muger determinó vender á Blanca-Flor.



CAPITULO VII.

El rey manda que lleven á Blanca-Flor á tierras estrañas y la vendan.—El príncipe Flores sale de su palacio para Alejandría en seguimiento de Blanca-Flor.

DETERMINADO el rey á que vendieran á Blanca-Flor, con mucho sigilo mandó á un mayordomo suyo que á media noche, para no ser visto de nadie, con solo dos criados, la sacaran del palacio y la llevaran á tierras lejanas, donde la pudieran vender sin que nadie supiera quién era ni su procedencia.

El mayordomo obedeció el mandato del rey, y en aquella noche la sacaron del palacio tomando el camino de Tunez; y habiendo llegado al puerto hallaron en él un navío, en el cual iban dos ricos mercaderes que recorrian las provincias comprando hermosuras para abastecer el harem del virey de Egipto: á estos les propusieron si querian comprar una hermosa cautiva; ellos respondieron que si les agradaba la comprarian; el mayordomo se la mostró, y al punto que la vieron tan hermosa, prendados de su bizarria y buen talle, pagaron lo que el mayordomo les pidió. Este volvió á dar cuenta al rey de como ya la habia vendido, y los mercaderes muy contentos con su cautiva, en seguida levantaron las anclas y desplegando las velas al aire, se inflaron impeliendo ligeramente el buque, el cual dirigido por un práctico y diestro piloto, surcaban las aguas, llegando en breve tiempo al puerto de Alejandría.

Luego que saltaron en tierra, acordaron llevar la cautiva para que la viera el virey, y si le gustaba vendérsela. En efecto la llevaron, y el moro luego que la vió, quedó tan enamorado de ella, que sin reparar en la cantidad les pagó por la cautiva lo que le pidieron, y la mandó poner en su serrallo donde tenia cien doncellas cautivas, las mas hermosas que se habian podido hallar, las cuales eran tan atendidas y servidas como reinas.

En este serrallo no entraba otra persona que la del virey y veinte eunucos que las servian y custodiaban.

Fué tanto el aprecio que el virey hizo de Blanca-Flor, que mandó ponerla separada de las otras, aunque en el mismo edificio, pues

pensaba con el tiempo irlä grangeando la voluntad para casarse con ella: con este motivo se escedia en galantearla, la atendia y regalaba con preferencia á todas las demas favoritas y con mucho esmero; pero Blanca-



Flor desechaba constantemente sus halagos, porque ningun favor podia consolar la tristeza de su angustiado espíritu, habiendo perdido ya las esperanzas de volver á ver á su querido Flores, por quien su corazon constantemente suspiraba en secreto.

Dejaremos á Blanca-Flor en el harem con las demas esclavas, y volvamos á tratar del rey de Argel, que luego que supo por su mayordomo que Blanca-Flor habia sido vendida, determinó traerse á Flores al palacio, y para que no estrañara la llamada, se fingió enfermo: con este motivo envió la reina un posta á Flores, diciéndole no se detuviera en venirse, porque estaba el rey su padre algo indispuesto.

Luego que supo Flores la noticia, sin mas compañía que la del posta se vino á ver á su padre, al que halló en cama; y despues de haberle besado la mano y manifestado sentimiento por su indisposicion, pasó al cuarto de la reina, la cual le recibió con mucho amor, y le empezó á preguntar cómo le habia ido en sus estudios. Flores la satisfizo á todo; pero habiendo pasado algun tiempo sin haber visto entrar ni salir á Blanca-Flor como otras veces, empezó á sobresaltarse, y finguiendo una dili-

gencia, se despidió de su madre: anduvo todo el palacio buscando á Blanca-Flor, y viendo que no la encontraba, pasó al cuarto del aya que la crió, de quien Flores se fiaba mucho, y con grandes ánsias y ruegos la preguntó por Blanca-Flor. El aya respondió: señor, ya quince dias hace que se la llevaron un mayordomo y dos criados: estos hace dos dias que volvieron sin ella, de lo que infiero que ellos y nadie mas saben de Blanca-Flor.

Helado se quedó Flores al oir lo que el aya le dijo, y fué preciso todo su valor para no caer en tierra de un desmayo que le acometió. Vuelto en sí y dando un suspiro, dijo; juro por Mahoma que he de quitar la vida al traidor que haya robado á Blanca-Flor si no me declara su paradero; diciendo estas palabras, salió como un leon del cuarto del aya, y disfrazado por no ser conocido, salió del palacio en busca del mayordomo, el cual encontró á pocos pasos, y diciéndole que tenia que tratar con él un negocio de importancia, lo llevó á sitio retirado, y le dijo:

—Juramento tengo hecho al profeta Mahoma de quitarte la vida, si no me dices la verdad en lo que te voy á preguntar: yo sé que tú y dos criados salisteis de palacio quince dias hace con Blanca-Flor, y que hace poco volvisteis sin ella: quien á mí me lo ha dicho lo sabe todo, en cuyo supuesto, escusado y por demás es que me lo niegues: dime pues la verdad de á dónde la has dejado, que te aseguro por quien soy de guardarte este secreto hasta la muerte; y de no decírmelo, vuelvo á jurar que te quitaré la vida.

Atónito quedó el mayordomo al oir lo que Flores le decia; y creyendo que todo lo sabia, se echó á sus pies pidiéndole perdon y diciéndole que se habia llevado á Blanca-Flor porque el rey se lo habia mandado, y que en esto no tenia él la culpa.

Flores le levantó del suelo, y ofreciéndole su amistad, le dijo le contara cuanto habia en el caso sin ocultarle nada. El mayordomo le refirió como habia vendido á Blanca-Flor en Tunez á unos mercaderes que pasaban á Alejandría; y que les habia oido decir, que pensaban venderla al virey de aquella ciudad; que esto era lo cierto, y que no podia decirle mas.

Con esta noticia se despidió Flores del mayordomo, y en aquella misma noche recogió una gran cantidad de dinero y muchas joyas de inestimable valor y tomando un caballo con el mayor sigilo, salió de la ciudad solo para Alejandría, caminando de noche y por caminos escusados para no ser visto de nadie; de forma, que aunque al dia siguiente habiéndole echado de menos, le salieron á buscar muchos postas, no se pudo saber nada de su paradero.

Flores siguió su camino, y en poco tiempo llegó á Alejandría.

CAPITULO VIII.

Entra Flores á servir de page al virey.—Halla medio de comunicarse con Blanca-Flor.—Los dos amantes consiguen fugarse en una embarcacion.

Luego que Flores entró en Alejandría y supo de cierto que Blanca-Flor estaba en el palacio del virey, pasó al puerto y compró una embarcacion, la cual equipó de la gente y demás víveres necesarios, y les mandó se estuviesen allí hasta que él les avisara.

Hecha esta prevencion, buscó medio para entrar á servir de page al virey; y habiéndolo conseguido, como Flores sabia muy bien el modo con que se habia de portar en la córte, servia al virey con tanta inteligencia, que en breve tiempo se grangeó la estimacion, y tanto que no se hallaba un instante separado de él; con cuyo motivo uno de los dias que fué á visitar las doncellas lo llevó en su compañía; y entrando en el serrallo, preguntó el virey por Blanca-Flor; y le dijeron que estaba en cama algo indispuesta; y como Blanca-Flor era el objeto de su cariño, por no volverse sin verla, determinó pasar á su cuarto.

Siguióle Flores, y habiendo entrado en él se llegó el virey á la cama de Blanca-Flor (que estaba vuelta de espaldas), y habiéndola preguntado por su salud, ella para responder se volvió del otro lado, mas viendo á Flores, fué tan grande el alborozo y sobresalto que la dió que acometida de un fuerte desmayo estuvo mucho tiempo sin conocimiento.

El virey que notó aquella novedad, ignorando la causa, comenzó á dar voces, diciendo: Blanca-Flor se muere! Acudieron las demás doncellas, y aplicándola algunos bálsamos y aguas aromáticas, fué volviendo en sí, y entretanto no se apartaron el virey ni Flores de la cabecera. Recobrada Blanca-Flor, se retiraron ambos, y ella se quedó llena de mil imaginaciones por no saber con qué motivo ó traza habia podido Flores saber dónde estaba, y cómo habia entrado en su cuarto, en cuyos pensamientos pasó toda aquella noche.

Al dia siguiente deseando el virey saber de la salud de Blanca-Flor le mandó á Flores fuera al serrallo y llevara á Blanca-Flor de su parte un ramo de especialísimas flores, el cual le encargaba diera en su ma-

no, y se informara de cómo habia pasado la noche. Flores valido de esta favorable ocasion, metió en el ramo un papel, por lo cual dió á Blanca-Flor cuenta de todo lo sucedido. Llegó al serrallo, y diciendo la órden que traia del virey, acompañado con algunas dueñas entró en el cuarto de Blanca-Flor; y dándola el recado que traia de su señor se enteró de ello Blanca-Flor; y tomando el ramo con palabras equívocas le dijo: que estimaba mucho la fineza, y que estaba ya muy aliviada para cuanto quisiera mandarle.

Con este recado volvió Flores al virey, el cual se alegró mucho de su mejoría, porque estimaba con estremo á Blanca-Flor, la cual despues de haberse ido Flores, mirando el ramo reparó en el papel, y leyéndolo quedó advertida de cuanto tenia que hacer.

Dos meses estuvo Flores sirviendo al virey, en cuyo tiempo fué varias veces á visitar á Blanca-Flor, algunas con su amo y otras solo: y aunque en ninguna la pudo hablar de sus designios por haber siempre testigos de vista, no le faltó ocasion para darle y recibir algunos papeles, por los cuales se dieron uno á otro cuenta de lo que habian de hacer para no ser descubiertos.

Una noche que Blanca-Flor estaba descansando tranquilamente en su lecho, gozándose en la dulce esperanza de abrazar pronto á su amante, y derramar en su tierno corazon las penas que habia padecido, con otras varias ideas lisonjeras de que se alimentan los amantes, oyó de improviso cerca de su balcon tocar un instrumento; la jóven quedó sorprendida, escuchó atenta, y percibió los acentos de una voz melodiosa que reconoce ser la de su amado Flores, que cantaba la siguiente

LETRILLA.

Al fin ya vuelvo, prenda querida,
á ser feliz con la que el alma mia
cual deidad señorea.
A verte torné y en tiernos lazos
estrecharán mis brazos
aquel cándido seno palpitante,
do mora la virtud casta y hermosa.
Tus dulces lábios de azucena y rosa
los mios libarán, y oiré anhelante
tu voz enamorada,
por el amor tal vez interrumpida.
Entonces ¡ay! con lánguida mirada
me inflamarán tus ojos elocuentes....
¡Oh! cuánto amor! ¡oh! cuántas inocentes

caricias guardarás! Tal vez ahora
recostada en tu lecho silenciosa
repasarás amorosa
las memorias sensibles recordando.
Tal vez cuentas llorando
los instantes que tardo á tus amores;
y en los dias mejores
pensarás cuando la via
tomemos del mar bravo,
para gozar siempre á mi lado
amor inalterable y alegria.
Sal de aquí, hermosa FLOR,
huyamos presto de aqui:
sé siempre fiel á mi amor,
y seré dichoso en tí.

Seguia entretanto fingiéndose enferma Blanca-Flor con el fin, de conseguir mejor la fuga que tenian proyectada con su querido Flores; y como el virey la estimaba tanto, mandó llamar á los mejores médicos de aquella provincia; y habiéndola visitado, dijeron: que el único remedio que encontraban, era que Blanca-Flor tomara por espacio de un mes las aguas minerales de una fuente que habia en una quinta del virey que estaba inmediata al mar. Con este dictámen, mandó el virey llevar á Blanca-Flor á dicha quinta, en la cual puso cuatro damas y dos eunucos para que la sirvieran, y todas las tardes pasaba el virey con Flores á ver á Blanca-Flor, la cual (por consejo de su amante) cada dia se fingia mas enferma; con este motivo repetia el virey mas amenudo las visitas, con las cuales pudo Flores reconocer á su satisfaccion las entradas y salidas de la quinta.

Ya bien preparado de todo, y avisada oportunamente Blanca-Flor, por medio de un papel que le entregó, una noche despues de haber dejado al virey en cama y prevenida la embarcacion, se fué á la quinta á mas de media noche, hora en que segun costumbre todos dormian; y echando una escala á una de las paredes del jardin, se entró dentro, y llegando al sitio donde Blanca-Flor le esperaba, la tomó de la mano, y sin ser de nadie sentidos, por la misma escala salieron á la playa; y poniéndose Blanca-Flor un trage distinto, que Flores traia prevenido, se dirigieron hácia la embarcacion; pero la mala suerte que no deja de perseguir á los desdichados, dispuso que un moro estuviera aquella noche rondando la quinta, á causa de que una de las damas que estaba con Blanca-Flor era su querida. Con este motivo, rabiando de celos, creyendo ver en Flores un rival suyo, se llegó el moro á los dos, y con el alfange en la mano, les dijo:

Deteneos y decidme quién sois y qué buscais á estas horas en este sitio.

—Moro, replicó Flores, fingiendo algo la voz para no ser conocido, el tiempo corre con harta velocidad para que me detenga en darte esplicaciones.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, desnudó el acero y embistió á su contrario, que tambien se habia puesto en defensa, y dió principio entre ambos un encarnizado combate, mientras que la infeliz Blanca-Flor, en medio de su dolor, esperaba con vivas ánsias el éxito de tan inopinada pelea, no dudando que la victoria coronaria los esfuerzos de su querido y valeroso Flores, por quien dirigia al Cielo los mas fervorosos votos. Descargábanse sin cesar los combatientes sendos golpes, tajos y reveses, aprovechando para sus acometidas el muy escaso resplandor de la luna, que de cuando en cuando aparecia como huyendo de entre negras nubes.

De repente se detiene el moro, y dice á su contrario: tardamos mucho tiempo, sarraceno; vendrá el dia y nos encontrará combatiendo....

No pudo proseguir, porque la cimitarra de Flores (que con el ardor de la pelea no habia oido sus primeras palabras) bajó en aquel momento sobre la cabeza del desdichado moro, que hendiéndole el cráneo, cayó moribundo, y el eco de los bosques repitió el ruido de sus armas.

Blanca-Flor se precipitó sobre su afortunado amante, abrazándole y llenándole de tiernas caricias.

—Marchemos, dijo Flores: cuando el sol dore el Oriente, ya habremos perdido de vista estas playas.

La tomó de la mano, y en breve tiempo llegaron á la embarcacion, en la que entraron, y con la brevedad posible se hicieron á la vela, con viento tan favorable, que cuando amaneció ya estaban á muchas leguas de Alejandría.

CAPITULO IX.

Desesperacion y fin desastroso del virey.—Horrible temporal que esperimentan en el mar Flores y Blanca-Flor.—Abordan á una isla despoblada donde se procuran albergue y alimento.

En la mañana siguiente, mandó el virey llamar á Flores para que fuera á saber de Blanca-Flor, á cuyo tiempo llegó á palacio uno de los

cuatro eunucos que servian á Blanca-Flor, con la noticia de que aquella noche habia desaparecido de la quinta; con cuya noticia y la de no hallar tampoco á Flores, empezó el virey á sospechar si se habrian fugado los dos. Con esta novedad se puso tan furioso, que desesperado y á medio vestir se fué á la quinta para informarse de la verdad del hecho; habiéndola registrado toda, halló en una de las paredes del jardin la escala por donde habian salido; con cuyo testimonio, y el de saber la muerte del moro, cuyo cadáver encontraron tendido en las inmediaciones de la quinta, se acabó de afirmar en que Flores se habia llevado á Blanca-Flor; y sin detencion mandó salir postas por todos los caminos de Alejandría, ofreciendo grandes premios al que los descubriera; pero todo fué en vano, pues dentro de algunos dias volvieron todos sin dar la mas leve noticia.

Viendo el virey que todas sus diligencias se habian frustrado, fué tan grande el sentimiento y la furia que le acometió, que desesperado, sin que nadie le pudiera contener, se arrojó por un balcon de su palacio al jardin y se mató; con cuyo motivo no padecieron la muerte que tenian sentenciada los que guardaban á Blanca-Flor.

Dejemos el palacio en estas confusiones, y volvamos á tratar de Flores y su amada, que con mucha alegria y feliz viento iban navegando en direccion á Roma; Flores con el designio de en llegando bautizarse y casarse con Blanca-Flor, y ella con el de darse á conocer á sus deudos y tomar posesion de sus Estados.

El sol caminaba á su ocaso; el aire estaba limpio de vapores: el cielo despejado y el mar en su mayor bonanza; parecia que todo anunciaba un próspero viage al buque de Flores y Blanca-Flor, que dejando á la derecha los soberbios peñascos de la isla de Malta, el piloto seguia dirigiendo la nave con direccion á las costas de Italia y todo sucedia á medida de sus deseos.

Los dos amantes retirados en la cámara pasaban lo mas del tiempo, ya esplicando y discurriendo sobre varios artículos de los principales misterios de nuestra santa Fé Católica, en los cuales Flores estaba medianamente instruido, ya alternativamente regocijándose de su próxima llegada á Roma, con cuyas dulces ideas Blanca-Flor enagenada de gozo esclamaba: «¡Dios mio! ¿Será cierto que por fin lograré pisar el suelo cristiano, patria de mis desventurados padres? ¿Podré ya finalmente, amado Flores, gozar á tu lado una perfecta tranquilidad, llamándome públicamente tu esposa? Sí, mi familia y mis deudos no se opondrán á que tome este precioso título. ¡Ah! y cuán grato será para mi corazon!... ¿Quién podrá estorbar ya nuestra ventura?... ¡Felices nosotros si el Omnipotente proteje nuestros cristianos deseos! ¡Qué bello porvenir nos espera! no hay duda, seremos dichosos.»

Distraidos asi con tan halagüeñas esperanzas, no habian echado de ver que los vaivenes del buque se iban aumentando por momentos, pero los bramidos del mar y las voces de los marineros (que eran cristianos cautivos) les hicieron recordar: salen corriendo á informarse de una desventura mayor de lo que creian.—Estamos perdidos, esclama el piloto, una borrasca espantosa nos amenaza; no hay mas remedio que cerrar las escotas y encomendarse á Dios. Todos siguieron su consejo; en el instante se llena el aire de fuegos eléctricos, á la claridad se siguen las tinieblas de la noche: brama el mar: los truenos con su horroroso estrépito acompañan los lamentos de los tristes navegantes, que viendo su nave hecha blanco del furor de los elementos, solo esperaban el naufragio y la muerte.

La sensible Blanca-Flor, no pudiendo resistir á la vista de tan inminente peligro, la abandonaron sus fuerzas, y á impulsos del dolor la acometió un cruel desmayo y quedó sin sentido, de modo que apenas se apercibia del furor de la tempestad. Flores se apresuró á tomarla en sus brazos esclamando: «¡Gran Dios! permitid dejarme llegar á tierra de cristianos y recibir el santo Bautismo. ¡Qué estrella enemiga envidia nuestra dicha! ¡Ah! cuánto menos horrorosa me hubiera sido la muerte cuando errante entre los salvages del desierto me dirigia á Alejandría en tu busca, y casi desesperaba de ser jamás tu esposo!... pero ahora perdemos la vida cuando íbamos á ser felices!»

Apenas acababa de proferir estas angustiosas esclamaciones, cuando chocando la nave contra un escollo, se sepultó en el inmenso abismo del Mediterráneo. En aquel momento el afligido cuanto valeroso Flores sin abandonar su desfallecida Blanca-Flor, y resuelto á sucumbir con ella si fuese preciso, hacia cuantos esfuerzos le eran posibles en tan miserable y crítica situacion, y valiéndose de la grande agilidad y destreza que poseia en el nadar, luchaba con increible valor contra la violencia de las olas; mas bien pronto conoció que le iban faltando las fuerzas y que el vigor le abandonaba por momentos; pero cuando parecia que irremisiblemente era llegado su fin, sin que poder humano pudiera evitarlo, quiso la Divina providencia que por una de aquellas casualidades que rara vez suelen acontecer, se acercase hácia ellos con el movimiento de las olas, la lancha que desprendida del buque habia quedado á flor de agua. Aprovechó Flores, en medio de su desfallecimiento, tan favorable coyuntura; apoderándose del bote como mejor pudo, saltó dentro de él colocando del modo mas cómodo á Blanca-Flor, que aun no habia recobrado el sentido, salvándose de este modo las vidas de nuestros dos héroes, que pudieron libertarse del naufragio, pues á todos sus compañeros de navegacion, el buque y todo cuanto en él habia se lo tragó el mar, sin que quedara el menor vestigio.

Viéndose Flores en medio del mar en una lanchuela tan pequeña que era imposible navegar en ella, sin víveres ningunos, y con Blanca-Flor en sus brazos sin dar señal de vida, fué tan grande la angustia que le dió, que estuvo á punto de caer tambien desmayado; pero animándose y confiando en Dios, levantó los ojos al Cielo, y con muchas lágrimas pidió al Señor le amparara en tan grande necesidad, pues ya que su cuerpo se perdiera no permitiera se condenase su alma.

Serenóse al fin la tempestad, y á poco rato descubrió Flores una isla, hácia la cual enderezó lo mejor que pudo la barquilla. Despues de haber luchado largo rato contra el furor de las olas, estas finalmente le arrojaron sobre la costa, y habiendo llegado á ella saltó en tierra con Blanca-Flor en sus brazos, que aun no habia vuelto, del desmayo. Púsola en la arena y amarrando la barquilla, se arrodilló junto á ella, dando infinitas gracias á Dios porque les habia librado de la muerte que tan de cerca tuvieron; á cuyo tiempo dando Blanca-Flor un suspiro volvió en sí, y mirando á un lado y á otro como el que despierta de un profundo sueño, preguntó á Flores qué sitio era aquel y qué se habia hecho de la embarcacion y marineros. A lo cual la satisfizo Flores contándola todo lo sucedido, por lo que dió Blanca-Flor infinitas gracias á Dios, y exhortó á Flores á que esperara en la Divina piedad los sacaria de tantas aflicciones, á todo lo cual respondió Flores con mucho agrado y resignacion:

—No siento yo, querida Blanca-Flor, las penas que por mí pasan, pues tu amable compañia me endulza y suaviza cuantos disgustos me pueden acontecer; lo que siento es verte en esta isla, la cual no sé qué gentes la habitan, sin amparo de persona humana, sin ropa, alhajas ni dinero, y lo que es peor, sin tener con qué alimentarte, ni saber á quién pedirlo: esto es lo que me da tanta pena que no puede mi lengua encarecerlo.

Blanca-Flor que sentia tanto los disgustos de Flores como los suyos, para desahogarlo y darle algun consuelo le dijo:

—No creas, querido Flores, que la piedad de Dios nos ha de dejar morir de hambre: no faltarán en esta isla, cuando no habitadores, algunas frutas silvestres con que podernos sustentar el tiempo que estemos en ella; y pues nuestra infausta suerte asi lo ha dispuesto, buen ánimo y venga lo que Dios quisiere, que todo lo recibiré con gusto estando tú en mi compañia.

En estos amorosos y tiernos coloquios pasaron lo restante del dia, y viendo Flores que la noche se acercaba, temeroso de que alguna fiera pudiera acometerlos, tomó á Blanca-Flor por la mano y se fueron entrando tierra adentro buscando algun albergue donde pasar la noche.

Aun no habrian andado doscientos pasos, cuando descubrieron una alta peña que servia como de pabellon á una cueva; enderezaron los pasos hácia ella, y habiéndola registrado con algun recelo, por si en ella habia alguna fiera, encontraron un regular albergue en que poder recogerse aquella noche. Flores, deseoso del descanso de Blanca-Flor, recogió una porcion de leña y encendió candela, con la cual y sus camas de heno, pasaron aquella noche menos incómoda de lo que esperaban.

No bien hubo amanecido, cuando Flores, cuidadoso del sustento de Blanca-Flor, se levantó y poniéndose en la puerta de la cueva por ver si divisaba árbol alguno que pudiera darles algun sustento, descubrió no muy lejos una copiosa cantidad de palmeras, las cuales tenian muchos y muy buenos dátiles. Volvióse á Blanca-Flor, y tomándola de la mano, por no dejarla sola, se fueron hácia las palmeras, de las que tomaron cuantos dátiles quisieron, con los cuales y el agua de una



fuente que salia del pie de la peña, saciaron su apetito con tanto gusto como si hubieran comido los mas delicados manjares; por cuyos beneficios daban continuamente infinitas gracias á la divina Providencia.

La mañana era una de las mas hermosas; la aurora habia ya inflamado el horizonte; el sol despues de haber disipado las tinieblas de la noche, estendia sus rayos vivificadores sobre la tierra; el mar en calma reflectaba el color azul del firmamento, presentando un espectáculo encantador: todo, hasta las aves parecia que celebraban con sus armoniosos gorgeos la venida del padre de la luz. Flores, á vista de tan hermosa perspectiva como se presentaba á sus ojos, y deseoso de examinar el sitio que la Divina Misericordia les habia destinado para habitar, toma otra vez de la mano á Blanca-Flor, y los dos se dirigen á recorrer la isla, cuyo aspecto el dia antes les habia espantado, pero que ya no les parecia tan árida. Todo cuanto ven los sorprende y llena de admiracion.

La isla, rodeada de escollos solo era accesible por una parte, en la cual dos altas peñas que salian al mar formaban una especie de puerto, obra de la próvida naturaleza.

No era grande, pero estaba toda cubierta de bosques, de laderas y de frescos y odoríferos valles. Aqui un bosque espeso y sombrío convidaba al caminante á entrar en su recinto para disfrutar de las delicias del sueño. Mas allá una montaña de fácil subida, cubierta de trébol, romero y tomillo, deja ver desde su cima la inmensa estension del mar. A la otra parte un arroyuelo se escapa de unas peñas, y discurriendo entre los juncos, va á regar un valle frondoso, matizado de varias flores. Mil especies de árboles frutales, mil de vejetales útiles, se disputan la sombra y el terreno: todo, en fin, se presenta á su vista, y veian con gusto aquellas maravillas de la naturaleza que les hacian mas llevaderas las penalidades á que se veian reducidos en aquellas soledades, pues que no pudieron descubrir rastro ó indicio de personas, y solo vieron varias especies de animales, que conocieron haber entre ellos nútrias, ciervos, cabras, liebres, conejos y otros muchos; pero tigres, leones, rinocerontes y otros animales feroces no se conocian en la isla.

¡Qué sitio tan delicioso! esclamaba Flores! ¡qué variedad en sus producciones! Sin duda esta isla es el Paraiso. Pero ¡oh! qué suerte mas desdichada la nuestra, si estamos condenados á pasar el resto de nuestros dias separados de los demas mortales! Mas ¡oh! Providencia! conozco tu mano protectora, y que nunca se olvida tu bondad de ninguna de tus criaturas: descansemos pues en tu Paternal seno, que tampoco nos abandonará.

Efectivamente jamás les faltó con que poderse alimentar, ya con la variedad de frutos sabrosos que en abundancia producian aquellos árboles, ya con los huevos de tortuga que encontraban á la orilla del mar, ya en fin, con los mariscos y aves que con su ingenio podian cojér, asándolos del mejor modo posible. En esta forma estuvieron los dos queri-

dos amantes como dos meses en aquella isla, en cuyo tiempo no dejó Blanca-Flor de instruir á Flores en los Mandamientos y preceptos de la ley de Dios. Unos dias se paseaban por lo interior de la isla, y otros solian llegarse á la orilla del mar por ver si descubrian alguna embarcacion que pudiera sacarlos de aquel cautiverio.

CAPITULO X.

Estando una tarde Flores y Blanca-Flor á la orilla del mar, descubren una embarcacion de cristianos.—Con su barquilla se dirigen á ella, en la que son socorridos.—Llegan á Roma, donde se bautizó Flores y se celebra su boda con Blanca-Flor.

Una tarde que estaban los dos sentados á la orilla del mar, discurriendo sobre sus pasados y presentes infortunios, reparó Blanca-Flor, en una embarcacion que se descubria á lo largo: preguntó á Flores si conocia de qué nacion podria ser: de pronto no pudo decírselo, pero habiéndose acercado algo mas el buque, conoció Flores que era de cristianos, y viendo que el rumbo que llevaba no era hácia la isla resolvieron dirigirse á ella, y encomendándose á Dios, se metieron con mucha prisa en su barquilla, fiados en la serenidad que el mar tenia, y bogando á toda prisa se fueron por fin acercando al navío.

El capitan del buque descubrió á lo largo aquella tan pequeña barquilla, desde la cual no cesaban de hacer seña aquellos desgraciados como pidiendo socorro con un lienzo ó pañuelo blanco; movido de compasion fué suspendiendo el curso al navío para dar tiempo á que pudieran llegar.

Luego que estuvo cerca, reconoció que en el bote venian dos personas solas, á las cuales dijo el capitan, qué era lo que necesitaban. Respondióle Blanca-Flor; que por amor de Dios le suplicaban quisiera recogerlos en su navío, pues los veia en aquel desamparo, y que le ofrecian pagarle muy bien el flete. El capitan movido de caridad mas que de codicia, mandó echar la escala, por la que entraron en el navío, en el cual fueron muy bien recibidos.

El capitan y demas personas del buque (que era una fragata mercante francesa que venia de Constantinopla), se quedaron admirados de ver aquellos dos jóvenes en traje otomano, y no podian atinar de cómo hubiesen podido aparecer navegando por aquellas aguas solos y en tan dé-

bil barquilla. Su juventud, modales finos y ademanes graciosos llamaron muy particularmente la atencion del capitan, escitando á un tiempo su compasion y curiosidad. Decidióse desde luego á satisfacer cumplidamente ambos deseos, resolviéndose á poner bajo su proteccion á aquellos infelices, y no abandonarlos hasta dejarlos en el puerto de mar que á ellos mas conviniese. Inmediatamente los hizo colocar en unos cómodos camarotes cerca de su aposento, en donde descansaron y se repusieron un tanto de sus recientes fatigas.

No dejaba el capitan de discurrir é idear el medio que mas oportunamente podria emplear para inquirir la esplicacion de todas las aventuras ocurridas á sus protegidos, y no dudaba al mismo tiempo de que no se pasaria mucho tiempo sin que se le presentase ocasion favorable de quedar satisfecho, mayormente con la ventaja que tenia de poseer el idioma turco.

Habria como dos horas que Flores y Blanca-Flor se habian retirado á descansar, cuando recibieron un recado del capitan para que pasasen á comer á su mesa. Flores contestó que pasarian gustosos á disfrutar sus honras; lo que hizo tomando de la mano á Blanca-Flor, presentándose en la cámara del capitan con aquella finura y urbanidad nada vulgar, que admiró al capitan y demas personas que les esperaban.

Ocuparon la mesa, donde por via de pasatiempo se hicieron algunos discursos, todos los cuales recayeron sobre los hechizos del bello sexo. Nadie ignora la espresion y finura del trato que la nacion francesa tiene en estas materias amorosas, y por consiguiente es muy fácil de adivinar que Blanca-Flor siendo tan bella seria el objeto de la conversacion y de los obsequios. Ella novicia en estas escenas se hermoseaba mas y mas, cuanto mas se aumentaba su rubor; y Flores como hombre poco acostumbrado á este lenguage lisongero, estuvo para incomodarse mas de una vez; pero su prudencia le contuvo, y supo disimular perfectamente su especie de resentimiento.

Habiéndose concluido la comida y quedados solos con el capitan, (que á pesar de ser jóven francés era sosegado y cuerdo), de unas á otras cuestiones vinieron á parar en la conversacion de la causa que habia motivado el encontrarse por aquellos mares; y como para adquirir secretos agenos es necesario hacer amistad, y esta se logra franqueando los propios que cada cual oculta en su corazon, el capitan que mientras la comida habia admirado el talento despejado de Flores y observado el acierto con que habia hablado en todos los puntos de que se trató no podia convencerse que aquel jóven á no pertenecer á una clase elevada, hubiese adquirido tan fina educacion en un pais como lo es el Africa, por lo que con aquella franqueza de que hacen alarde los marinos, le dijo de este modo:

—Permíteme, Flores, que quiera yo satisfacerme de unas dudas que desde el primer momento que pusisteis los pies en mi buque atormentan mi curiosidad. Cuando os convidé á comer á mi mesa esperé ver á unos moros vanos, inciviles y estúpidos; pero ¿cuál ha sido mi sorpresa y la de mis compañeros al veros tan civilizados? Por lo mismo no me resuelvo á creer que tanta instruccion haya sido cultivada en unos paises donde su falsa religion sostiene la barbárie, pues su inventor Mahoma les prohibió absolutamente estudiar é indagar la naturaleza, las ciencias y demas artes de ilustracion. Solos estamos, confíame vuestro secreto, que prometo guardarlo como hombre de honor, y ayudaros en todo lo que alcancen mis facultades; y para mas obligarte os voy á dar cuenta de los sucesos de mi vida, que acaso no serán menos prodigiosos é interesantes que los vuestros.

Sorprendido le dejó á Flores el razonamiento del capitan; y viéndole de un carácter tan franco y bondadoso, prometió referírselo todo y pasar asi en buena conversacion la ociosidad de la navegacion. Muy gustosos los tres de su mútua condescendencia, se dispusieron á pasar aquellos dias con la relacion de la historia de sus aventuras, á las que quiso dar principio el capitan con las suyas.

No le seguiremos en la narracion que hizo de ellas, aunque su lectura no dejaria de ser muy curiosa é interesante; pero nos separaríamos demasiado del curso y objeto á que se refiere la presente historia.

Acabó el capitan la relacion de sus estraordinarias aventuras, cuyos sucesos ya prósperos, ya adversos, dejaron admirados á Flores y Blanca-Flor, considerando que en un pais tan adelantado como suponian la Europa, tuviesen cavida con tanta fuerza en el corazon humano la violencia de las pasiones, y tantas intrigas como las que acababan de oir; cosas absolutamente desconocidas entre las errantes tribus del Africa; y no podian concebir cómo la civilizacion al propio tiempo que perfecciona al hombre haciendo brillar sus virtudes, por el contrario al que no tiene ninguna, lo hace un mónstruo mas terrible que los que produce el desierto.

Con estas ideas batallaba la acalorada imaginacion de Flores cuando el capitan le recordó la palabra que le tenia dada de referirle la historia de sus infortunios desde el principio hasta el fin, y despues de un profundo suspiro dió principio á ella, asegurando al capitan que su propósito era el de abjurar la ley mahometana, y entrar en el gremio de la Iglesia Católica en cuanto llegase á tierra de cristianos, y continuó su relacion en los mismos términos que saben nuestros lectores, segun quedan referidos en el curso de esta historia.

Asi en amistosa conversacion pasaron largos ratos durante la navegacion, qu fué poco mas de veinte dias, al cabo de los cuales llegaron

á Roma con toda felicidad; y habiendo saltado á tierra, le dió Blanca-Flor al capitan por agradecimiento á los muchos favores que de él habia recibido, un anillo de inestimable valor, y se despidieron con mucho sentimiento, ofreciéndose una sincera amistad.

Blanca-Flor informada de la casa de uno de sus principales deudos, se fué á ella; y habiéndose dado á conocer, acreditó ser verdad con un anillo y otras alhajas de su padre y una certificacion firmada de su madre (que de milagro pudo salvar en el naufragio), por la cual declaraba ser su hija, cuya certificacion y alhajas entregó su madre antes de morir á la reina para que se las diera luego que tuviera uso de razon.

Con señales tan verídicas, ser Blanca-Flor un vivo traslado de su madre, y saber que esta murió de parto en tierra de moros, todos la tuvieron y reconocieron por legítima heredera de los Estados de sus padres, en cuya posesion la pusieron; y enterados del alto linage de Flores, y que deseaba con ánsia bautizarse, hicieron las prevenciones y diligencias, examinándole en varios puntos de nuestra católica religion, y considerándole capaz de recibir el Sacramento del Bautismo, se le dió en una de las iglesias mas públicas de la ciudad el dia primero de la Pascua de Navidad, siendo padrinos los parientes mas allegados de Blanca-Flor, y el dia de la Adoracion de los Santos Reyes recibieron los dos las bendiciones del santo matrimonio, á cuyo fin se hicieron en todos sus Estados muchas fiestas y regocijos con unánime aplauso de todos

En fin, los dos esposos tuvieron una numerosa familia, la que instruyeron en los buenos principios de la sana moral, y en el seno de sus hijos disfrutaron la paz, la abundancia y los placeres, por término de tantas desventuras, trabajos y peligros como habian sufrido por tanto tiempo, de los que la Divina Providencia los sacó para ejemplo y conformidad de desgraciados.



HISTORIAS QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO

	Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artús de Algarve	5
Excmo. Sr. General D. Arsenio Martínez Campos	5
El caudillo carlista D. Ramón Cabrera	5
El general Espartero, duque de la Victoria y de Morella	5
Carlo Magno y los doce Pares de Francia	4
Roberto el Diablo	4
El Conde Partinoples	4
Clamades y Clarmonda ó el Caballo de madera	4
Fleres y Blanca Flor	4
Pierres y Magalona	4
Aladino ó la Lámpara maravillosa	4
Bertoldo. Bertoldino y Cacaseno	4
El Nuevo Robinsón	4
Napoleón I, emperador de los franceses	4
D. Martín Zurbano	4
Doña Blanca de Navarra	4
Orlando Furioso	4
Simbad el Marino	4
El sitio y defensa de Zaragoza	4
Anselmo Collet,	4
Subterráneos de la Alhambra	4
Romancero de la guerra de Africa en 1859 á 1860	4
Gil Blas de Santillana	4
Guerra civil del año 1871 al 1876	4
El Pastelero de carne humana	4
Los secuestradores de Lucena	4
Candelas	4
Saballs	4
Carlos VII	4
Pedro Ramón Ciaram	4
Los ladrones de mar	4
El anillo de Zafira	4
La oreja del Diablo	4
La muerta fingida	4
La hija del rey de Hungría	4
El Pirata Negro	4
El caballero del Aguila Roja	4
Los Juanillones	4
Melchor de la Cruz (a) El Diablo	4
El corregidor de Almagro	4
El caballero sin cabeza de Valdormido	4
Juan Pulgón	4
D. Diego León	3
El conde de Montemolín	3
D. Tomás Zumalacárregui	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla	3
Bernardo del Carpio	3
Cristóbal Colón	3
Hernán Cortés	3

	Pliegos.
Los siete infantes de Lara	3
D. Pedro de Portugal	3
La doncella Teodora	3
La heroica Judith	3
Noches lúgubres, de Cadalso	3
Matilde y Malek-Adhel	3
Abelardo y Eloisa	3
Ricardo é Isabela	3
El marqués de Villena ó la Redoma encantada	3
Elisa ó la rosa blanca encantada	3
El conde de las Maravillas	3
Santa Genoveva	3
El Nuevo Navegador ó la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo	3
El Gran Capitán Gonzalo de Córdoba	3
El Bastardo de Castilla	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donasón	3
La Hermosa de los cabellos de oro	3
La Guirnalda milagrosa	3
Los siete sabios de Roma	3
Guerra de la independencia española	3
Los Niños de Ecija	3
Doña Juana la Loca	3
El Toro blanco encantado	3
El príncipe Selim de Balsora	3
Las dos doncellas disfrazadas	3
El santo Rey David	3
Julio y Zoraida	3
El Mágico Rojo	3
La Urraca ladrona	3
Diego Corrientes	3
Aurelia y Florinda	3
El general Prim	3
Ana Bolena	3
Cornelia ó la víctima de la Inquisición	3
La Diosa de los mares	3
Viajes aéreos	3
Jaime el Barbudo	3
Rosa Samaniego	3
Pincha-uvas	3
El casto José	2
El viejo Tobías y el joven su hijo	2
El valeroso Sansón	2
La Creación del mundo	2
El Diluvio universal	2
El Juicio universal	2
San Alejo	2
San Amaro	2
San Albano	2
Nuestra Señora de Montserrat	2
El marqués de Mantua	2
Francisco Esteban el Guapo	2
El cortador de cabezas	2